

a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15 – 02 – 2015

*Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor; de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor...*

*Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos, y bendijo a Dios, diciendo:*

*Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.*

*Porque mis ojos han visto a tu Salvador; a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel. (Lc 2,22.25-32).*

Es el tiempo de Dios. Es el tiempo de nuestro Dios: un Dios fiel, que mantiene siempre sus promesas. Y no sólo mantiene la promesa que hizo al anciano Simeón, hombre justo y con temor de Dios, obediente, dócil, paciente, escrutador atento de los signos de los tiempos, abierto a la acción del Espíritu Santo. El Señor Dios ha mantenido y mantiene toda promesa, porque es un Dios fiel. ¡Es “el Fiel”!

Y si el Señor es fiel con nosotros, nosotros lo tenemos que ser con él hasta el final. Cada uno de nosotros está llamado a ser fiel a Dios y a permanecer fiel a sí mismo, como persona honesta y coherente, fiel al Evangelio, fiel al estado de vida que ha escogido.

Hoy parece que la fidelidad no está mucho de moda. Es cada vez más difícil tener fe y mantenerse fiel a la promesa hecha: ser fieles a los principios, ser fieles a los valores, ser fieles a los compromisos de trabajo, con honestidad y perseverancia.

Las adversidades de la vida, las “reglas” demasiado estrechas, las verdades un poco incómodas, una cierta monotonía... Todo esto nos hacer resbalar, nos hace cambiar de ruta, nos hace ir a otro lugar, o a otro/a.

Nos es muy difícil ir contracorriente, y también de permanecer fieles a nosotros mismos y a los demás sin adular nuestra relación. Y nos olvidamos de que nuestro Dios, en cambio, es fiel y nos ha prometido el don del Espíritu Santo. Y no sólo nos lo ha prometido, sino que nos lo ha dado. Y gracias al Espíritu podemos llegar a la fidelidad plena.

Sólo si somos capaces de esperar, de ser dóciles y temerosos de Dios, de rezar y creer a pesar de todo, como Simeón, sólo entonces el tiempo de Dios -el tiempo de la promesa- se cumplirá también en nosotros.

Entonces gustaremos la bondad del Señor, tendremos paz, luz y fuerza para permanecer fieles. Y seguramente contribuiremos al mejoramiento de nuestra sociedad, que hoy más que nunca necesita personas coherentes, honestas, fiables, fieles.

Magdalena Aulina, nuestra compañera del 15 y nuestro punto de referencia, fue, ciertamente, una mujer fiable, coherente, honesta. Su fe inquebrantable en Dios le dio siempre la fuerza para permanecer fiel a ella misma y a todo lo que el Espíritu le sugería. Las adversidades de la vida, las incomprensiones, las traiciones, no la hicieron vacilar o resbalar. Su fidelidad fue total, tenaz, paciente. Humanamente pareció que moría, derrotada por la misma “ley”, pero el tiempo del Señor se cumplió. Dios fue fiel a su pacto.

La Familia Auliniana, el Instituto de las Operarias Parroquiales y cuantos siguen su espiritualidad son la confirmación.

